

La presencia de Allende

Allende, recuerdo permanente; su nombre, consigna en las calles

Ximena Ortúzar. Proceso México

5 páginas

"Allende vive".

Esa es una de las consignas que se leen en los muros de Santiago, ciudad que cada tanto se convierte en escenario de las masivas y exaltadas protestas contra un régimen que dura ya doce años y que se inició, precisamente, con el derrocamiento y asesinato de Salvador Allende.

Son manos jóvenes las que escriben ésa y otras consignas. Son también voces jóvenes las que gritan, en plena protesta antidictatorial: "Se siente, se siente, Allende está presente".

De su dimensión como político existe un testimonio sólido, indiscutible: murió en La Moneda defendiendo la voluntad mayoritaria de su pueblo que lo eligió Presidente, negándose a aceptar un ultimátum castrense que exigía su renuncia a cambio de un avión que lo llevaría al exilio.

De su calidad humana dan testimonio, en conversación con Proceso, dos personas que compartieron parte de su vasta trayectoria como líder estudiantil, luchador social, parlamentario, ministro y Presidente de la República. Uno fue su adversario político, otro, su colaborador. Ambos, sus amigos.

Armando Jaramillo Lyon, exregidor, exalcalde, exdiputado y exsenador por el Partido Liberal (que posteriormente se fusiona con el Partido Conservador para formar el Partido Nacional, que presidía en septiembre de 1973 Sergio Onofre Jarpa, que ocupó el cargo de ministro del Interior de Pinochet entre 1983 y 1984), hoy presidente de la Derecha Republicana, recuerda:

—Tuve ocho años de convivencia en el Parlamento con Salvador Allende.

Yo pertenecía en mis inicios al Partido Liberal, es decir a un bloque de derecha política. Lo conocí personalmente en 1953, aunque en ese momento él era ya para mí un personaje de relevancia política bastante alejado de mis posiciones, sobre todo si consideramos que Chile en ese momento era un país donde los prejuicios campeaban por todas partes: estábamos divididos en "buenos y malos"; los buenos para mí eran los derechistas y, lógicamente, los malos eran los de la izquierda. En ese contexto, obviamente que Salvador ocupaba un lugar preferente dentro de estos últimos. Sin embargo, debo reconocer que desde el primer día en que tuve la suerte de conocerlo a él y a muchos otros hombres de la izquierda, me di cuenta hasta qué punto el fanatismo, los prejuicios y la ceguera de algunos sectores de derecha impiden valorar y justipreciar muchísimos y grandes valores, no sólo intelectuales, sino también humanos, que existen en hombres que se desempeñan en campos disímiles a los de la derecha en Chile.

—A su juicio, ¿Allende tenía esos valores?

—No sólo los tenía: Allende los excedía, porque era de una calidad humana extraordinariamente grande, en todo orden de cosas.

—¿Cómo era Allende en el Parlamento?

—Allí puede aquilatar no sólo su gran talento político y su gran brillo oratorio, sino también, repito, su gran calidad humana. Allende era un hombre de un tremendo respeto por la opinión ajena e incluso de la opinión contraria. Tenía una increíble paciencia para escuchar a los demás y siempre estaba dispuesto a buscar una ecuación de armonía con sus contenedores, cualidad por demás escasa cuando se alcanzan altas posiciones.

—¿Cómo recibió usted la muerte de Salvador Allende?

—Humanamente lamenté mucho su muerte, porque lo apreciaba entrañablemente.

—¿Y políticamente? Porque usted fue su adversario en ese terreno...

—Desgraciadamente no contó con los medios indispensables para haber terminado su periodo presidencial. Creo que eso no fue frustrado por Allende, sino, en parte, por el entorno, por las circunstancias que lo rodearon y en parte también por la tiranía a que se vio Salvador Allende sometido, por la combinación política que lo rodeó. No se a quién echarle la culpa porque no tengo nada que ver con la Unidad Popular; pero estoy absolutamente seguro que entre sus integrantes —con todo el respeto que como personas me puedan merecer— no había ninguno, y lo digo terminantemente, que tuviera la capacidad política —rayana en la genialidad— que tuvo Salvador Allende. Creo que esta gente, de alguna forma mutiló a Allende, no dejándolo actuar de acuerdo con su capacidad, su talento y su visión.

—Pero usted estaba de acuerdo con el golpe de Estado...

—Quiero ser honesto: lo deseaba. A mi juicio, el gobierno de Allende ya estaba superado.

—¿Cuáles de estas virtudes que tan hidalgamente reconoce a Salvador Allende encuentra hoy entre los actuales gobernantes que usted apoyó?

—La verdad de las cosas es que de nuestros actuales gobernantes no conozco mayores virtudes porque no me ha tocado convivir con ellos. Son personajes que uno los ve un poco arriba de la tribuna, para la exhibición. Y como yo soy católico, me guío por lo que dice el Evangelio; "Por sus obras los conoceréis". Lo que estos gobernantes dicen me parece de débiles mentales, y lo que hacen, el país lo está observando...

—¿El remedio fue peor que la "enfermedad"?

—Sin duda alguna. Allende era un hombre culto, talentoso, deprejuiciado, tolerante, generoso de alma. La izquierda chilena tuvo en él a su mejor representante. Creo que hoy el gran sufrimiento que ha tenido nuestro país, demuestra que la única posibilidad de vivir en forma normal es rescatar la democracia.

—¿Cómo resume usted hoy la estatura moral de Salvador Allende?

—Fue un hombre excepcional, sin duda alguna. Y por curioso sarcasmo, el primer reivindicador de su nombres es hoy Augusto Pinochet Ugarte. Porque viendo hoy los crímenes, las torturas, el desgobierno, el hambre, la miseria y la desesperación que Chile vive, gente de extrema derecha reconoce que

estábamos mucho mejor con Salvador Allende. Con esto le rindo un emocionado homenaje a la magnífica imagen del Presidente Allende y sé que algún día no lejano la historia de este país deberá rendirle también un gran y merecido homenaje.

Aníbal Palma Fourcade, exsenador por el Partido Radical, exministro de Educación y exministro secretario general de Gobierno durante la administración de Salvador Allende, responde así:

—Conocí a Salvador Allende en la campaña presidencial de 1964, cuando un grupo de dirigentes y militantes del Partido Radical fuimos expulsados por apoyar su candidatura al ver que se hacía evidente que la derecha apoyaría a Eduardo Frei con la única finalidad de evitar el triunfo de la izquierda. Lo conocí durante algunas giras y allí comenzamos una relación de amistad que crecería con el tiempo.

—¿Cuál fue su percepción de la personalidad de Salvador Allende?

—No me referiré a lo político, que creo es algo suficientemente conocido, sino a sus rasgos humanos que me impresionaron desde el comienzo y que luego comprobé que eran una constante en él. Por ejemplo, me correspondió estar en el comando de la campaña la noche de la derrota (4 de septiembre de 1964, cuando Frei obtuvo la mayoría de los votos). Recordemos que en esa campaña se utilizó por primera vez lo que se conoció como "campaña del terror", con financiamiento de la CIA, como se confirmó después en el Congreso de Estados Unidos; una campaña que utilizó procedimientos de guerra sucia, diciéndole a la población que el triunfo de Allende significaría tanques alrededor de La Moneda, niños arrancados de sus hogares para ser enviados a Rusia, paredón, expropiación de enseres domésticos y todo tipo de mentiras destinadas a amedrentar los sectores más conservadores y también a los más ignorantes del país. Esa noche asistimos, pues, a la derrota, pese a haber obtenido la votación más alta de la izquierda en toda su historia: 40%.

—¿Cómo asumió la izquierda esa derrota y cómo la asumió Allende?

—Como decía, estaba en el comando esa noche. El clima humano era tenso, de rabia y frustración. Había mucha gente allí y vi hombres que no podían contener las lágrimas. Incluso afuera, en la calle, se había congregado una multitud enfervorizada por la forma en que esa elección le había sido arrebatada al pueblo de Chile. No era una derrota por vía limpia. Sin embargo, Allende salió al balcón y lo primero que dijo fue: "Esta es una derrota electoral, pero es un triunfo de la causa que mi candidatura representa. La lucha continúa y yo los llamo a perseverar". Luego nos dijo que debíamos retirarnos pacíficamente a nuestros hogares porque, dijo, algunos no podían sentirse satisfechos de su triunfo por la forma en que lo habían logrado y nosotros, en cambio, sí debíamos estarlo porque habíamos dado una lección tanto en la lucha electoral como en los procedimientos y que eso daría un fruto positivo. Ese era el Allende grande, el Allende por encima de la pequeñez, el Allende hombre público y a la vez el extraordinario ser humano, con grandeza de espíritu.

Además, muchas anécdotas demuestran su enorme generosidad incluso con sus adversarios. ¿Usted fue testigo de alguna en especial?

—Sí, de una de gran importancia. Un día, habló ya de las postrimerías del Gobierno Popular, se le entregaron a Allende unos antecedentes graves de desestabilización del régimen que implicaban a Frei como uno de los contactos de la embajada estadounidense para fomentar los preparativos de su

derrocamiento. Y Allende, en aquella oportunidad, se negó a que dichos documentos se hicieran públicos, primero, porque quería confirmar la legitimidad de esa información, pero sobre todo porque consideró que era muy grave implicar a un exPresidente de la República en un complot con una potencia extranjera. Eso, opinó Allende, no sólo lesionaba la imagen personal de Frei, sino el cargo que había desempeñado. Y quiero decir aquí que cuando me tocó leer una entrevista realizada a Eduardo Frei, mucho después de la muerte de Salvador Allende, que se publicó en Chile con el nombre de "entrevista post mortem", porque se había acordado que se publicaría cuando Frei estuviera muerto, en ella Frei no tuvo una sola frase de generosidad o de comprensión hacia Allende, un hombre que no sólo había sido Presidente de la República, que no sólo había muerto defendiendo la legitimidad de su cargo, sino que además había sido su amigo personal y de su familia durante muchos años. Eso es algo que no puedo olvidar ni perdonar. Pero creo que pone el justo contraste entre ambos. A Frei no se le puede discutir su capacidad intelectual ni su calidad de hombre público, pero su condición humana es de una pequeñez impresionante frente a la grandeza de Salvador Allende en el terreno humano.

—Si Allende fue siempre grande en la derrota, y tuvo tres antes de llegar a la Presidencia, ¿cómo fue el Allende de triunfo?

—Lo asumió con una enorme humildad y con la responsabilidad digna de su gran estatura. Todos recordamos el día del triunfo, cuando en la Alameda, en la sede de la Federación de Estudiantes de Chile, Allende pronunció su primer discurso como Presidente electo, ante una multitud impresionante y eufórica. Una de sus frases fue "Hoy con nosotros gana el obrero, el campesino, el hombre postergado de nuestra patria. Hoy gana el pueblo, la trabajadora modesta, el niño. Hemos ganado el derecho a comenzar, a hacer un camino que lleve a Chile a una situación más justa, más humana". Y luego, igual que la noche de la derrota del 64, llamó a todos a regresar tranquilos a sus casas a no dejarse provocar por aquellos que ya comenzaban a planificar la desestabilización del Gobierno Popular.

—Esa serenidad que propugnaba en la derrota y en el triunfo ¿era una práctica de su vida personal?

—Sin ninguna duda. Incluso la mantuvo para señalar, en repetidas ocasiones, que no renunciaría, que pagaría con su vida la confianza de su pueblo y que prefería una muerte digna a un exilio donde tuviera que tocar puertas para pedir ayuda para una causa que no había sido capaz de defender. Además, agregaba, amaba demasiado la vida para traicionarla. De manera que asumía la posibilidad de su sacrificio como un acto de responsabilidad por su alta investidura y de homenaje a la vida que él había defendido no sólo para sí, sino para los más desposeídos de su patria. Y todos los que han escuchado sus últimas palabras saben que no era ese un discurso del momento, sino la consecuencia de una profunda y serena reflexión ante la posibilidad de su derrocamiento. Allende enfrentó la muerte con la serenidad que le dio su convicción.

—¿Cuándo lo vio usted por última vez?

—Precisamente el 11 de septiembre, en La Moneda. Allí encontré un Allende absolutamente tranquilo, controlado. Me daba la sensación de un hombre que había alcanzado el momento en que cesan las dudas, las discusiones y que iba a hacer lo que había decidido hacer. Yo en ese momento no tenía ningún cargo de gobierno. Pero cuando me enteré de lo que sucedía, fui a La Moneda. Estaba

en su despacho cuando conminó a todos sus colaboradores a retirarse de allí, porque serían útiles a la causa que debía seguir adelante. Algunos lo hicieron, otros murieron con él o murieron luego a manos de las fuerzas armadas, en prisión. Allende no arriesgó una sola vida: llamó al pueblo a no dejarse masacrar —aun sabiendo que a un llamado suyo el pueblo habría salido a defenderlo— porque sabía que no teníamos forma de enfrentar a las fuerzas armadas.

—¿Cuál es su último recuerdo de Salvador Allende?

—Los ministros y exministros que estábamos en La Moneda nos colocamos frente al Presidente Allende, en un semicírculo, para despedirnos. El se despidió de cada uno con una frase especial. Cuando llegó a mí, pese a la tensión del momento, quise rescatar la tónica de lo que siempre fue nuestra amistad: el humor. El siempre me demostró un gran afecto y yo sentía por él una admiración y un respeto que han crecido después de su muerte. Es en ese momento, quise decir algo que aliviara la tensión. Dije: "Presidente, usted ha llamado a cada uno de su puesto de trabajo; yo no lo tengo estoy cesante. Pero he venido para ver si me da un trabajo". Allende no se sonrió. Me estrechó fuertemente la mano y, muy serio, me dijo; "Aníbal, yo sabía que usted no iba a faltar..."

Su voz se quiebra, sus ojos se empañan.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

